

## II Concurso de Relatos Cortos de Terror Aullidos.com

### EL CRIMEN DE LA SOMBRA

Por: Ovidio Iséneca

“Melino, ¿te preparo el licor de la casa?” Así me recibió aquella atractiva morena en la barra de aquel bar en tinieblas, apenas iluminado por tenues farolitos rojos en las esquinas, para el disfrute de la privacidad que muchos buscan en estos lugares para noctámbulos. Tenía los ojos verdes la muchacha y un cuerpo tanto o más embriagador que la bebida más fuerte que se pudiera tomar. La melena alborotada larga y negra y un habla que me enamoró. Eso ocurrió la media noche del sábado.

– ¡Adelante!, veamos qué cosa buena tienes para mí –contesté con una ridícula mirada de seductor que no iba con mi aspecto nada agraciado por la naturaleza. Me sirvió un extraño brebaje y entre servicios a los clientes que iban y venían por más licor, entablé conversación con esa hermosa mujer.

–Soy enfermera y en ello me desempeño durante el día –me dijo sin que yo le hubiese preguntado por algún otro oficio. Al fin y al cabo, qué demonios me interesa que sea enfermera, si es el rol de camarera el que me interesa–. Sirvo licores en esta barra porque de noche no puedo conciliar el sueño, a menos que tenga un amigo con quien platicar.

–Pues, eso fue antes de que yo llegara –dije muy atrevidamente, obviando mi fecunda timidez–. Así que puedes contar conmigo para que concilies tus sueños huidizos.

Pero un brillo en sus ojos verdes esmeralda y una carcajada de gruta me hicieron palidecer. Confundido por su reacción y sin saber por qué obró de esa manera me lleve a la boca el vaso y tome su contenido hasta el final para minimizar mi vergüenza. Tal vez fui muy atrevido. Luego, un cigarrillo me ayudó a esperar que volviera hasta mí. En el otro extremo de la barra un hombre negro con el rostro cubierto por un sombrero de anchas alas pedía un trago y, mientras ella lo servía, él le acariciaba el cabello de la forma como se acaricia a una gata doméstica. Ella, con actitud sumisa, se dejaba acariciar y se esforzaba por ver mi impresión.

Cuando llegó a servirme el siguiente trago ya yo no valía un céntimo. Estaba ebrio. Quizá, era el receso alcohólico que le había dado a los riñones, a quienes pude haber tomado por sorpresa con ese trago tan fuerte. Y entre el vaivén de mi deteriorado entendimiento y lo poco que recuerdo, me encontré tratando de insertar la llave en la puerta de un apartamento que no era el mío. Ella, la trigueña del bar, me secundaba en el intento, apretándome la mano con la que hurgaba el cerrojo, y entramos. En un momento de cierta lucidez, pero como si hubiese recibido una paliza en cayapa, me hallé en una sombría habitación, recostado en una majestuosa cama de agua, desnudo y con el abdomen trazado con formas geométricas. Borracho aún, veía pasar las sombras temblorosas del hombre negro con el sombrero que vi en el bar. Era como una cadena de hombres con las mismas formas. Pero me reincorporé como pude movido tanto no por las sombras, sino, por un sonido jadeante, como cuando el cordero es degollado y trata infructuoso respirar con desesperación. Salí a husmear, desnudo aún, buscando el sonido extraño que finalmente me llevó a una habitación contigua. Al entrar, hallé a la Melina sentada en un banco en medio de esas cuatro paredes vacías. El cabello largo, negro y melenudo la delató ante mis ojos. Estaba desnuda, de espaldas a la puerta y tenuemente iluminada por un no sé qué. Su espalda estaba untada de plumas blancas y grises. Con los efectos de una supuesta borrachera encima, corrí hacia ella para prestarle abrigo y llevarla a la cama. Pero lo que vi a continuación cuando me posé frente a su cuerpo se llevo consigo todo vestigio de ebriedad. Me llené de espanto y seguidamente se me escapó un grito escalofriante y agudo que, de haberlo escuchado mi padre, por vergüenza, me hubiese dado una pela. Ella tenía la boca grandemente abierta. Sus manos sobre los muslos miraban al techo y sostenía cada una un globo ocular con iris verde y ensangrentado. Su abdomen abierto y sin vísceras producía un olor nauseabundo. Me fui en vómitos y huí del lugar con la angustiosa sensación que me seguían. Todas las habitaciones eran iguales y en cada una estaba ella, la Melina del bar. Alguien jadeaba, como el cordero. Corrí incesantemente de habitación en habitación en todas las direcciones pero no había salida. Un ardor espantoso me hería las entrañas y las formas geométricas del abdomen se abultaban como cicatrices. Varias veces me estrellé contra alguna pared en mi desesperado intento por escapar; pero ni un desmayo venia en mi auxilio para que el reposo de la inconciencia calmara el terror que se albergó en mi alma

y en mis pensamientos. Luego de buscar infructuosamente escape, volví con el cuerpo de la Melisa y lo golpeé salvajemente. Fue el momento menos cuerdo de mi vida, pero sabía lo que hacía: golpear un cuerpo sin vísceras. En pleno apogeo de mi más grande desventura, las sombras que me saludaron en la habitación con la cama de agua (lecho éste que jamás volví a encontrar), pasaban rasantes por las paredes: era el hombre negro aquel que en el bar acariciaba el cabello de la chica. No había dudas, eran sus sombras. No vi su rostro ni sus particularidades, solo la forma de la sombra, su silueta. El bar oscuro tampoco había aportado muchos rasgos sobre este hombre de las sombras: estaba en tinieblas. Pero era él, había asesinado a la mujer.

Eso dije en el informe y, el psiquiatra, acompañado de varios agentes de investigación de la policía local, lo leía en mi presencia, en ese hospital frío y macabro.

–Entonces, ¿fue el hombre del sombrero quien mato a la camarera? –preguntó un oficial cara dura

–Sí –contesté con aparente desenfado–. El la mato. Estoy seguro. Era su sombra. El la acariciaba en el bar y ella se veía sumisa. La tenía dominada.

–Presumimos que fue usted drogado con alguna sustancia alucinógena para luego robarle sus pertenencias.

–No me robaron...

–Pero estaba usted desnudo en la plaza cuando transeúntes dieron cuenta suya a la policía antes de ser trasladado aquí. Según su propio testimonio se emborrachó con el primer trago servido. Si eso no fue así, entonces, donde están sus ropas?

–Están en el apartamento de ella. Quizá hicimos el amor y en un arrebato de celos ese hombre la asesinó. Busquen allí y encontrarán mis pantalones, mi camisa, mis zapatos y mis calzoncillos.

–Y, ¿en qué dirección se supone está ese apartamento?

–Lo he olvidado. Pero no soy yo el asesino.

–No ha habido crimen en la ciudad previo a la fecha de su hallazgo en la plaza pública, por lo cual y, hasta este momento, no hemos sugerido sea usted un asesino; pero tampoco hay indicios que aseguren que lo haya. Tampoco hay víctima.

– ¡Maldición, no estoy loco! No me quedaré en este lugar. Tengo derechos. No fui drogado y un maldito aberrado ha asesinado a la camarera del bar, anda por las calles y ustedes perdiendo el tiempo conmigo.

Pero todo fue en vano. Me encerraron en una habitación prevista para seres perturbados y que son una amenaza para la sociedad. Me ataron cual demente a pesar de mis infructuosos esfuerzos por evitar las ataduras y el encierro. Motivado a mis altaneros y desgarradores gritos, también me amordazaron.

Con la luz tenue de la habitación, atado y amordazado aumentaban mis tormentosas creencias de que el asesino violaría la seguridad de aquella guarida de desquiciados y me degollaría, me sacaría las entrañas y los ojos. El sudor enjugaba mi rostro y me batía cual fiera; pero era inútil, estaba amarrado como un animal. Arrepentido de haber confesado tan aterradora experiencia, la que en resumidas cuentas me había puesto en ese estado (al borde de la muerte e indefenso), me calmé y comencé a planificar mi nueva versión. Alegaría que había mentado en lo referente al crimen para llamar la atención, de esta manera podría conseguir mi libertad. Estando meditando las vertientes de mi próximo decir, interrumpe mis pensamientos una persona que llegó a la habitación de mi reclusión y que cambió el futuro y mi destino para siempre: la enfermera del psiquiátrico.

La maldita enfermera, trigueña y melenuda, entró sujetando una enorme jeringa en la mano y fingiendo sorpresa por mi estadía en ese macabro lugar, se detuvo a contemplarme mansamente. Yo, con los ojos desorbitados y sin poder hacer resistencia a sus previsibles intenciones, me ahogaba en llanto sordo y desesperado. La jeringa era lo de menos: fue el brillo en sus ojos verdes esmeralda y esa carcajada de gruta los que me hicieron palidecer.

(DATOS DE AUTOR COMO DATO ADJUNTO EN OTRO ARCHIVO)

